

J

HOWARD JACOBSON

TRADUCCIÓN DE ANTONIO RIVERO TARAVILLO



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original

ƒ

Copyright © HOWARD JACOBSON 2014

Primera edición: 2016

Traducción

© ANTONIO RIVERO TARAVILLO

Imagen de portada

© WENCES LAMAS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión

KADMOS

Formación

GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-07-8

Depósito legal: M-15358-2016

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cultura

Para Jenny, aquí, ahora y siempre

## ÍNDICE

ARGUMENTO. El lobo y la tarántula	11
LIBRO PRIMERO	13
1. El gran si	15
2. <i>Twitternacht</i>	45
3. Las cuatro las	55
4. D. E. P. Lowenna Morgenstern	87
5. Llamadme Ismael	107
6. Ha llegado un inspector	119
7. Clarence Worthing	135
8. Pequeño San Alured	145
9. El mercado negro de los recuerdos	155
LIBRO SEGUNDO	189
1. Historia de la profanación escrita por una loca, para su uso en las escuelas	191
2. Amigos	201
3. La enfermedad de las mujeres	209
4. Campanadas a medianoche	221
5. Cartas perdidas	245
*La alegoría de la rana	253
6. Gutkind y Kroplik	255
7. Nussbaum desatada	267
8. <i>Götterdämmerung</i>	281
9. La directora de la banda celestial	297
10. Objetos perdidos y vueltos a perder	305
11. Degenerados	329

LIBRO TERCERO	347
1. La menor pizca de agravio	349
2. Dale la mano a tu tío Max	375

## ARGUMENTO. EL LOBO Y LA TARÁNTULA

Un lobo gris entabló conversación con una tarántula.

—Me encanta cazar —dijo el lobo gris.

—Pues a mí —dijo la tarántula— me gusta quedarme aquí sentada a esperar a que venga mi presa.

—¿No te parece solitario? —preguntó el lobo.

—Y yo podría preguntarte —replicó la tarántula—: cómo es que no te hartas de que tu mujer y tus hijos te acompañen en cada cacería.

—Soy por naturaleza un hombre de familia —respondió el lobo—. Y lo que es más, la unidad hace la fuerza.

La tarántula hizo una pausa para abalanzarse sobre un mono tití que pasaba y después dijo que dudaba mucho de que el lobo, a pesar de toda la ayuda que recibía, llegara a ser alguna vez tan buen cazador como ella. El lobo se apostó la captura de una semana a que era capaz de cazar más que la tarántula y, de vuelta a su guarida, les habló a su mujer y a sus hijos de la apuesta.

—Has perdido —le dijo a la tarántula cuando volvieron a verse.

—¿Y dónde está la prueba?

—Bueno, espero que confíes en mi palabra, pero si no lo haces, entonces ve y compruébalo con tus propios ojos en la jungla.

Eso hizo la tarántula, y desde luego descubrió que de todas las presas naturales del lobo no quedaba ni una sola criatura.

—Estoy realmente sorprendido con tu eficiencia —dijo la tarántula—, pero no puedo evitar preguntarme qué vas a hacer para subsistir de ahora en adelante.

Al escuchar esto, el lobo gris se echó a llorar.

—He tenido que comerme a mi mujer —admitió—. Y la semana que viene me pondré con mis hijos.

—¿Y después?

—¿Después? Después no tendré más remedio que comerme a mí mismo.

Moraleja: Deja siempre algo en el plato

## LIBRO PRIMERO



## 1. EL GRAN SI

I

Las mañanas no eran buenas para ninguno de los dos.

«Allá vamos otra vez», se dijo a sí misma Ailinn Solomons.

Sacó las piernas fuera de la cama y se miró los pies. Incluso antes del insulto de Kevern, ya le disgustaban. Los anchos empeines. Los dedos de los pies achaparrados como escarabajos, más parecidos a pulgares, cada uno de la misma longitud que los demás. Le habría gustado tener los dedos de los pies como el caramillo de Pan, tan hermosamente escalonados y musicales como para que un dios silvano pusiera sus labios sobre ellos. Los metió en las zapatillas y luego los sacó de nuevo. Las zapatillas hacían que se vieran aún peor, si cabe. Pies de ama de casa. Los mismos pies viejos y sin gracia de siempre, que la llevaban a través de la misma vida vieja y sin gracia. No es de extrañar, se sorprendió pensando..., pero no pudo terminar. No es de extrañar, ¿qué?

En realidad no había mucho que fuera «lo mismo de siempre» en su vida, aparte de la costumbre de pensar que lo había. Ninguna medición objetiva —y podía ver objetivamente—, podía demostrar que vivía de manera aventurera. Se había mudado recientemente a una casa nueva. En compañía de una nueva amiga. A otro pueblo. Se había comprado ropa nueva para dar ese paso. Unas gafas de sol nuevas. Un bolso nuevo. Esmalte de uñas nuevo. Hasta las zapatillas eran nuevas. La casa, si bien nueva para ella, no era nueva en absoluto. Tenía un aire eclesiástico, y Ailinn tenía razones para que le disgustara, como si un abate de mala reputación o un sacerdote perseguido —un pastor demasiado austero para su congregación o

un cura demasiado carnal para la suya— hubiese ido a vivir allí y al final hubiera olvidado de qué se escondía. La casa había permanecido fríamente en su propia niebla en un valle goteante, oliendo a ajo silvestre y a tojo húmedo, durante siglos. Ni la luz de la esperanza ni la luz de la desilusión se colaban a través de sus ventanas bajas y pequeñas, de tan hundida que estaba en las profundidades del valle. Prolongaba la expectación, era lo mejor que se podía decir de ella. Quienquiera que hubiera vivido aquí antes no había sido, como la vegetación, ni feliz ni infeliz. Pero a pesar de que las evocaciones que despertaba la casa la echaban para atrás, constituía una mejora sobre la losa cuadrada de hormigón moteado en la que había crecido, con su vista que no era vista de un estuario enarenado —la aburrida marea del norte goteando desde la nada, camino de ninguna parte— y la compañía de sus padres desquiciados, que en realidad no eran sus padres.

Y —y— había conocido a un hombre nuevo. El que había insultado sus pies.

Cierto que no era ningún dios silvano, y no se habría llevado sus pies a los labios incluso si lo hubiera sido —aunque eso no la consolaba de haberlo perdido, pues todo parecía indicar que lo había perdido—. Él le parecía —o le había parecido— prometedor.

En cuanto al resto —incluida la nueva amiga, que era mucho mayor que ella y más una especie de tutora (era curiosa la forma que tenía de atraer a tutores)—, le parecía accidental; una reordenación de los muebles, eso era todo. En cualquier otro sentido, seguía siendo ella misma. Eso era lo que tenían de cruel los cambios superficiales: ponían de manifiesto aquello que no podría cambiar nunca. Mejor haberse quedado donde estaba y haber esperado. Mientras se espera, no hay decepción. «Me encontraba bien cuando me hallaba en vilo», pensó. Pero no era cierto. Nunca había estado bien.

Su corazón, de vez en cuando, latía aceleradamente. Arritmia, así lo había llamado el médico. «No hay nada de qué preocuparse», dijo cuando le dio los resultados de las pruebas.

Ella rio. Por supuesto que no había nada de qué preocuparse. La vida no tenía nada de lo que preocuparse. Allí de donde ella venía, la gente decía que tu corazón late aceleradamente cuando alguien a quien quieres ha muerto.

—¿Y qué pasa si no quieres a alguien? —le había preguntado una vez a su madre adoptiva.

—Entonces es el aniversario de la muerte de alguien a quien querías en una vida anterior —había respondido la mujer mayor.

Como si no fuera suficientemente morbosa por naturaleza, tenía que escuchar tonterías por el estilo.

Ella no sabía quiénes eran sus verdaderos padres y recordaba poco sobre su vida antes de que sus padres falsos la recogieran del orfanato como se recoge una naranja de un árbol, salvo por lo diferente que pensaba que se debía de sentir una niña de una naranja. En la actualidad, no importaba lo que fuera capaz o incapaz de recordar, le parecía que era más vieja que sus veinticinco años. ¿Y veinticinco cientos? ¿Y veinticinco millares? No exageres, Ailinn, le había dicho siempre la gente. (¿Veinticinco mil años?). Pero no era ella quien exageraba, eran ellos los que le restaban importancia. Su cabeza era como una caja de resonancia. A veces pensaba que, si se concentraba el tiempo suficiente, y con la fuerza necesaria, oiría partirse el gran hielo y a los primeros mamuts lanudos viniendo torpemente desde Asia central. Tal vez todos —incluso los que abreviaban y condensaban— podían hacer lo mismo, pero les daba vergüenza hablar de ello. A menos que haber pasado la infancia en compañía de sus auténticos padres hubiese llenado sus mentes con sensaciones más inmediatas y, sí, triviales. Nuestro nacer no es sino sueño y olvido... ¿quién dijo eso?

¡Ja!, se le había olvidado.

Era buena cosa que los libros de historia fueran difíciles de conseguir, que los diarios personales se escondieran o destruyeran y que las bibliotecas pusieran leves obstáculos en el camino de la investigación; de lo contrario, se podría haber decidido a saquear el pasado y a vivir su vida hacia atrás.

Aunque sólo fuera para descubrir por quién latía aceleradamente su corazón cada cierto tiempo.

Un viejo caracol empapado salió de debajo de su cama, dejando tras él un rastro de clara de huevo. Era lo único que no podía aplastar con su pie descalzo y feo.

Antes de aventurarse a asomarse fuera de casa por la mañana, Kevern *Coco* Cohen subía el volumen del televisor que funcionaba en circuito cerrado, vertía el té —teniendo cuidado de colocar la taza con desenfado en la mesa del vestíbulo— y comprobaba dos veces que el teléfono facilitado por las autoridades estaba encendido y parpadeaba. Diseñado sólo para hacer y recibir llamadas telefónicas locales —ya que todas las otras formas de comunicación electrónica habían sido suprimidas después de LO QUE SUCEDIÓ, SI ES QUE SUCEDIÓ, debido a la rápida propagación de la violencia, a la que se creía que habían contribuido las redes sociales—, el teléfono facilitado por las autoridades irradiaba un amarillo de malaria hasta que alguien llamaba, y entonces brillaba con un color bermejo. Pero rara vez sonaba. También lo dejó en la mesa del vestíbulo. Luego arrugó con el zapato la alfombra de seda china del pasillo, unpreciado recuerdo de familia.

Esta acción carecía de intención conmemorativa, pero a menudo le recordaba una noche cruelmente iluminada por la luna, muchos años atrás, cuando, después de un día tenso por algo —preocupaciones de dinero o enfermedades, o noticias que el joven Kevern intuía que debían de ser muy malas—, su sardónico y chirriante padre había lanzado de un puntapié la alfombra a un lado, se había levantado el dobladillo de su bata de brocado y se había puesto a bailar un enfurecido zapateado arrastrando los pies, con los brazos y las piernas subiendo y bajando al unísono como si fuera un esqueleto de juguete en un palo. No era consciente de que su hijo estaba en lo alto de la escalera, mirando.

Kevern se apretó contra la oscuridad del hueco de la escalera. Se convirtió en una sombra. Estaba demasiado asustado

para decir nada. Su padre no era un hombre que bailara. Se quedó muy quieto, pero la casa vibraba ante cualquier angustia de sus ocupantes —podía sentir el sueño agitado de sus padres a través de los tablones del suelo bajo su cama, a pesar de que su habitación estaba situada en un nivel inferior a la de ellos— y la perturbación que generaba su miedo reveló su presencia.

—Sammy Davis Junior —le aclaró su padre torpemente cuando lo vio. Su voz era ronca y seca, un sonajero de pulmones echados a perder, porque hablaba con un acento que hasta a Kevern le parecía extraño, como si nunca hubiera escuchado de verdad cómo hablaba la gente en Puerto Rubén. Profirió las palabras a regañadientes. Se puso dos dedos sobre la boca, como un vagabundo que aspira una colilla encontrada en un cubo de basura. Era algo que hacía siempre para sofocar la letra *ñ* antes de que ésta saliera de sus labios.

El muchacho no tenía ni pajolera idea.

—¿Sammy Davis Junior? —También él, religiosamente, cuando se hallaba en presencia de su padre y, a menudo, incluso cuando su padre no estaba, sellaba sus labios cuando una palabra comenzaba con la letra *ñ*. No sabía por qué. Había empezado como un juego entre ellos cuando era pequeño. Su padre le había dicho que también él jugaba a eso con su propio padre. Si comienzas una palabra con una *ñ* sin acordarte de poner dos dedos sobre la boca, te cuesta un penique. Nunca fue muy divertido, ni antes ni ahora. Sabía que era algo que se esperaba de él, eso era todo. ¿Pero por qué su padre estaba haciendo de Sammy Davis Junior, quienquiera que fuese Sammy Davis Junior?

—Un artista del cante y el baile —dijo su padre—. El señor Bo *ñ*angles. No, no has oído hablar de él.

¿Él? ¿Cuál de ellos? ¿Sammy Davis Junior o el señor Bo *ñ*angles? De cualquier manera, sonaba más como una advertencia que como una declaración. *Si alguien pregunta, tú no has oído hablar de él. ¿Entendido?* La infancia de Kevern había estado llena de advertencias similares. Cada una formulada en una lengua medio extranjera. No sabes, no has visto, no has

oído. Cuando sus maestros hacían preguntas, la suya era la última mano en alzarse: decía que no sabía, que no había visto, que no había oído. En la ignorancia estaba la seguridad. Pero le preocupaba haber podido sonar como su padre, ceceando y arrastrando los sonidos de otro idioma. Así que hablaba en un susurro que atraía incluso más la atención sobre su rareza.

En este sentido, su padre no tenía por qué preocuparse. Kevern no sólo no había oído hablar de Sammy Davis Junior, tampoco había oído hablar de Sammy Davis Senior.

Ailinn no habría dicho que no a un padre así, no importaba lo raro que fuese su comportamiento. Siempre ayuda, pensaba, saber de dónde procede tu locura.

Una vez que Kevern hubo cerrado y dado dos vueltas a la llave de la puerta principal, se arrodilló y levantó la lengüeta del buzón, como imaginaba que podría hacer un ladrón u otro intruso. Podía oír la televisión y oler el té. Podía ver el teléfono en silencio, palpitando en amarillo como si estuviera recibiendo diálisis, sobre la mesa del vestíbulo. La alfombra de seda, observó con satisfacción, podría haber sido pisoteada por un grupo de niños pequeños. Ningún hombre en su sano juicio podría salir de su propia casa sin antes haber colocado bien la alfombra.

Tenía un motivo adicional para arrugar la alfombra. Así daba a entender que para él no tenía ningún valor. La ley —a pesar de que no estaba escrito en ninguna parte; un sometimiento voluntario a la restricción podría ser una manera más acertada de decirlo, la suposición de una coerción— sólo permitía un objeto de más de cien años por casa, y Kevern tenía varios. Maltratarlos, esperaba, acallaría las sospechas.

En el límite extremo de visión del buzón apenas eran visibles las punteras de unas desgastadas zapatillas de piel. Era evidente que el quisquilloso estaba en casa, probablemente dando cabezadas delante de la televisión o leyendo el correo basura que tenía toda la apariencia de haber sido entregado hacía solamente unos minutos, y que con la emoción de recogerlo había olvidado el té y el teléfono junto a la puerta. Pero

estaba en casa, holgazaneando, a falta de otra forma de describir lo que hacía.

Regresó a la casa tres veces, a intervalos de quince segundos, para mirar a través de la ranura del buzón y comprobar que nada había cambiado. En cada ocasión, introdujo la mano para asegurarse de que la lengüeta no se había quedado atascada durante el curso de sus inspecciones —una rutina que tenía que repetirse en el caso de que el mismo acto de inspección hubiese causado el atasco de la lengüeta—, y luego tomó la senda del acantilado y caminó distraídamente en dirección al mar. El mar en el que no navegaba nadie más que unos pescadores locales, porque no había ningún lugar al que se pudiera llegar por él, un mar que no bañaba ninguna otra orilla.

Nada había cambiado allí tampoco. El acantilado todavía caía bruscamente, cortado como una tarta, que se volvía de un color morado oscuro, ahumado, en la base; el agua aún amasaba sin descanso, formando espuma y echando vaharadas, igual que todos los días. Holgazaneando, como Kevern. Más enfadado, pero sin mayor propósito.

Eso era lo mejor que tenía el mar: que no había que preocuparse por él. No iba a ninguna parte y no era tuyo. Tu familia no lo había poseído y ocultado durante generaciones. No corría por tu sangre.

Él, sin embargo, tenía su propio banco. No de manera oficial. No ostentaba su nombre, pero era respetado por los habitantes del pueblo de Puerto Rubén, como podrían haber respetado una pared contra la que el tonto del pueblo apoyara los talones. *Coco se sienta aquí. El bobo.*

No pensaban que fuera un tipo simple. Si acaso, pensaban que era demasiado inteligente. Pero hay momentos en la historia de la humanidad en los que la inteligencia también podría ser simplicidad.

A esta hora, y en esta época del año, cuando los visitantes eran poco frecuentes, tenía para él solo los acantilados y el mar que no iba a ninguna parte. A veces Densdell Kroplik, su vecino más cercano, se aventuraba más allá del establo rehabilitado

que llamaba su picadero y se reunía brevemente con Kevern en el banco para quejarse, a la manera de un profeta al que rindieran honores en su propia tierra, acerca de la locura del mundo, la situación de postración en que se había sumido el pueblo y, a modo de prueba de ambas cosas —pues era un cronista autoeditado de la época y de este lugar—, las cifras de sus ventas que caían en picado. Barbero itinerante y lugareño profesional, vigilaba los acantilados y las tabernas de Puerto Rubén, que vedaba a los intrusos con su mirada, vestido como terrateniente, pescador, agricultor, o tonto, dependiendo de qué ropas estuvieran más a mano en la pila que tenía amontonada en el suelo —a veces se vestía como todos ellos a la vez—, interponiendo su cuerpo tuberoso entre Puerto Rubén y la influencia externa. No era tanto el guardián de la puerta, Densdell Kroplik, como la puerta en sí. Aunque la historia, como otra forma de sobrevalorar el pasado, era algo que no se alentaba, él se las arregló para ser custodio oficioso de los secretos de Puerto Rubén y narrador de sus cuentos, al mantener la narración breve y dulce (sin duda más breve y más dulce que su conversación, sobre todo cuando cortaba el pelo, furioso como el mar). Puerto Rubén, originalmente Ludgvennok, había sido en tiempos una fortaleza inexpugnable de las viejas costumbres, y ahora ya no lo era. FIN. Ésta era la esencia de *Breve historia de Puerto Rubén*, de Densdell Kroplik, con algunos mapas y croquis de su propia cosecha, y en la que incluía un buen número de cómicas notas al pie en las que se citaba a sí mismo.

En sentido estricto no era más que un folleto para unos visitantes que él hubiese preferido que se mantuvieran lejos. *Breve historia de Puerto Rubén* estaba a la venta junto a la caja registradora en cada tienda para turistas. Los pocos turistas que llegaban la compraban junto con los dulces de azúcar. Sin embargo, para su autor, se interponía entre la prosperidad y la ruina, y con esto se refería a la del pueblo no menos que a la suya. Comprobaba sus puntos de venta todos los días para ver cuántas habían salido, completando las existencias con ejemplares firmados que sacaba de un morral siniestramente



abultado que también contenía peines, tijeras, máquinas de cortar y champús y acondicionadores hechos con una fórmula secreta a base de brezo, cardos y flores silvestres que crecían en su desaliñado jardín, que dominaba el acantilado. Arrastraba todo esto con un esfuerzo exagerado, como si sacrificara su salud por la humanidad, de tienda en tienda. En vez de conversar con él acerca de sus ventas, que nunca consideraba satisfactorias, los tenderos lo esquivaban, permitiéndole que les soltara tantos folletos como a él le pareciera oportuno. Algunos incluso compraban numerosos ejemplares para ellos mismos. Así tenían un regalo de cumpleaños para los parientes que no les agradaban. Cualquiera cosa con tal de evitar que se pusiera a despotricar en sus tiendas acerca de la degeneración de los tiempos, hinchando las curtidas mejillas, tirándose del anudado pañuelo de cuello de lunares con rabia sarcástica, como si eso fuera lo único que le mantenía la cabeza amarrada al cuerpo.

Algunas mañanas, a cambio de la oportunidad de perorar sin interrupción, Densdell afeitaba a Kevern gratuitamente. Temiendo por su garganta —porque estaba seguro de que Densdell lo veía como la prueba viviente, si no la primera causa, de la ruina de Puerto Rubén—, Kevern emitía ruidos de asentimiento a todo lo que él decía. Pero entendía poco. Una vez que había sacado la navaja, Densdell Kroplik renunciaba a toda pretensión de hablar una lengua que ambos compartieran. Caía en un dialecto que era más viejo y más salvaje que los acantilados, y tosía ruidos que parecían maldiciones, utilizando palabras que Kevern nunca antes había oído y que la mitad del tiempo creía que en realidad no existían. En lugar de hacer un esfuerzo para descifrar algo de aquella barahúnda, se concentraba en la idea de que el viento recogía los pelos invisibles que Densdell le cortaba, y los llevaba en espiral hacia el mar en racimos, como esporas de diente de león.

El mar apoderándose de él, poco a poco.

Esa mañana, para alivio de Kevern, Densdell Kroplik no hizo acto de presencia, de manera que pudo sentarse y

preocuparse a solas. Hasta las gaviotas, oliendo su angustia, se mantuvieron a distancia.

Era un hombre alto y flaco, de pelambreira dorada (aunque ahora estaba perdiendo el cabello), que se movía como disculpándose por su altura. A pesar de su extrañeza, se consideraba que tenía unos ojos amables. Se relajó tumbándose en el banco y miró hacia el cielo. «¡Ay, Señor!», exclamó en el momento en que se puso cómodo, con la única intención de enfrentar su voz a aquellas otras que oía dentro de su cabeza.

Mejor una voz que podía controlar que una voz que no pudiera. No era ningún visionario, pero había momentos en los que confundía el sonido de un ave marina o la risa lejana de pescadores —no le cabía duda de que se trataba de un error— con un grito de auxilio. «¡Kevern!», creía oír. Las dos sílabas pronunciadas con igual falta de énfasis. La voz de su madre muerta. La voz de una enferma, en cualquier caso. Una especie de tembloroso reproche que tenía que hacerse oír por encima de una celosa y pujante multitud de gritos, separado de la persona a quien había pertenecido. «¡Ke-vern!».

No había estado muy unido a su madre, por lo que supuso que se trataba de un engaño que le tendía el anhelo. Le hubiera gustado que ella lo llamara.

Pero reconocía que existía el peligro de conceder esta primacía a su imaginación: ¿se daría cuenta de la diferencia si un día alguien reclamaba de verdad su auxilio?

No era feliz, pero aceptó que ahí, en su infelicidad, era todo lo feliz que podría llegar a ser nunca. El mar le confiere una grandeza a la pequeñez de las insatisfacciones humanas, y Kevern Cohen aceptó agradecido el cumplido, sabiendo que sus insatisfacciones no eran mayores que las de la mayoría de los hombres —la soledad y la sensación de que su vida había perdido el sentido (¿o era la sensación de que jamás lo había tenido?)— que entran en la madurez. Nada más. Al igual que su padre (había sentido un vínculo más profundo con su padre que con su madre, aunque eso no era decir gran cosa), Kevern torneaba y tallaba madera para ganarse la vida —eyes,

postes de escalera, candelabros, cuencos, cucharas de amor para la industria turística que vendía en las tiendas locales—, y tornear la madera era algo repetitivo y tedioso. No vivía nadie de su familia, ni tíos, ni sobrinos, ni primos, lo cual era inusual en esta parte del mundo donde todos eran como tentáculos de un mismo pulpo gigante. Kevern no estaba unido a nadie. No tenía a nadie a quien querer o que lo quisiera. Aunque hasta cierto punto esto tenía que ver con su profesión —como la luna, un ebanista se vuelve alguien solitario—, aceptaba que, en gran medida, era culpa de su carácter. Estaba solo porque no aceptaba ni hacía llamadas en su teléfono facilitado por las autoridades, porque era un amigo descuidado y, peor aún, un amante que se desanimaba con facilidad y era demasiado meditado, y porque tenía ya cuarenta años.

Enamorarse era algo que le sucedía de vez en cuando, pero nunca fue capaz de permanecer enamorado o de hacer que una mujer siguiera enamorada de él. No sucedía nada espectacular. No había caídas desde lo alto del acantilado. En comparación con la violencia con que otras parejas se hacían trizas públicamente en Puerto Rubén, sus cortejos —porque raramente eran más que eso— llegaban a su fin con una cortesía ejemplar por ambas partes. Se disolvían, ésa era la mejor manera de decirlo: se deshacían poco a poco, como una caja de cartón que se hubiese quedado en el exterior bajo la lluvia. Sólo de vez en cuando una mujer le decía que era demasiado serio, complicado, intenso, individualista y, tal vez, un poco quisquilloso. Y luego le estrechaba la mano. Él reconocía lo de quisquilloso. Era espinoso, como un erizo, sí. La última víctima de este carácter suyo tan complicado fue un ligue en estado embrionario, que había ofrecido una promesa mayor de lo habitual de aliviar el tedio de su vida solitaria y, tal vez, incluso, de proporcionarle cierto contenido. Ailinn Solomons era una delicada belleza de pelo salvaje, temblorosamente delicada, con un corazón desbocado, de un pueblo de una isla del norte más remoto y accidentado incluso que Puerto Rubén. Había venido al sur con una acompañante mayor que ella a

quien Kevern había tomado por su tía, y a la que le habían dejado una propiedad en un valle lluvioso pero paradisíaco llamado, muy apropiadamente, Paradise Valley.

Nadie había vivido en la casa durante varios años. Las tuberías tenían goteras, había arañas inmóviles en los baños, las babosas, creyendo que el lugar les pertenecía, habían dejado su firma en todas las ventanas, el jardín, cubierto de maleza, semejaba un bosquecillo de coles gigantes. Era como la casa de un cuento infantil, amenazante y encantadora a un mismo tiempo, con un jardín lleno de secretos. Kevern y Ailinn habían estado sentados, cogidos de la mano, en tumbonas rotas sobre la alta hierba, disfrutando de una tarde de primavera inesperadamente cálida; los dos estaban enchufados distraídamente a la consola que las autoridades facilitaban, y que suministraba al país música relajante y noticias tranquilizadoras, cuando la visión de las morenas piernas cruzadas de ella le recordó una vieja canción de un artista negro que hacía mucho tiempo que había olvidado y que a su padre le gustaba escuchar con las persianas de la casa bajadas. «Qué grandes tus pies».

A causa de su agresividad innata, ya no sonaban en la consola canciones de ese tipo. No es que estuvieran prohibidas—nada estaba exactamente prohibido—, sencillamente no sonaban. Se alentaba que cayeran en la obsolescencia, como la misma palabra obsolescencia. El gusto popular conseguía lo que el edicto y la proscripción jamás podrían haber conseguido; si en lo tocante a los libros la gente elegía memorias de quienes habían pasado de la pobreza a la riqueza, libros de cocina y novelas románticas, cuando se trataba de música, todo el mundo elegía baladas.

Llevado por el día, Kevern comenzó a tocar en un piano imaginario y, con una voz rudimentariamente cómica, dio una serenata a los grandes pies de Ailinn.

Ailinn no entendía.

—Era una canción popular de Fats Waller, un pianista de jazz—le dijo él, poniéndose automáticamente dos dedos en los labios.

Tuvo que explicarle qué era el jazz. Ailinn nunca lo había escuchado. Tampoco se ponía jazz, sin estar exactamente proscrito. La improvisación había pasado de moda. Sólo había lugar para un «si» en la vida. La gente quería estar segura, al iniciarse una melodía, de dónde exactamente iba a terminar. Con el ingenio sucedía lo mismo. Su falta de predictibilidad ponía a la gente de los nervios. Y el jazz era ingenio expresado musicalmente. Aunque llegó a la edad de diez años sin haber oído hablar de Sammy Davis Junior, Kevern conocía el jazz gracias a la colección semisecreta de viejos cds de su padre. Pero por lo menos no tuvo que decirle a Ailinn que Fats Waller era negro. Teniendo en cuenta su edad, era poco probable que recordara una época en que los cantantes populares *no* fueran negros. Una vez más, no era cuestión de leyes o constreñimiento. Una sociedad sumisa significaba que cada sector de ella obedecía con gratitud —la gratitud del providencialmente salvado— el principio de las aptitudes del grupo. Las personas de origen afrocaribeño eran adecuadas por temperamento y físico para el entretenimiento y el atletismo, de modo que cantaban y corrían. La gente cuyo origen estaba en el subcontinente indio, dotada por la naturaleza para la electrónica, se comprometía a garantizar que ninguna familia careciera de un teléfono que funcionara. Lo que quedaba de la comunidad polaca se dedicaba a la fontanería; lo que quedaba de la griega destrozaba platos. Los de los Estados del Golfo y el Levante, cuyos abuelos no habían abandonado inmediatamente el país, mientras *LO QUE SUCEDIÓ, SI ES QUE SUCEDIÓ* estaba ocurriendo —temiendo ser acusados de haber avivado las llamas, por temor, en efecto, de que ellos fueran los siguientes en ser consumidos por las llamas—, abrieron restaurantes con labneh y narguiles, mantenían la cabeza baja y se deprimían con la ociosidad. A cada cual según sus habilidades.

Como sólo había escuchado baladas, a Ailinn le costaba mucho trabajo entender cómo le habían podido poner música a la insultante letra que Kevern acababa de cantarle. La música era la expresión del amor.

—La verdad es que no es insultante —dijo Kevern—. Excepto quizá para personas que tienen los pies demasiado grandes. Mi padre nunca insultó a nadie, pero le encantaba esta canción.

Estaba hablando demasiado, pero el abandono del jardín proporcionaba una ilusión de seguridad. Ninguna palabra podría rebasar el aislamiento acústico que procuraban aquellas hojas gigantes, como de col.

Ailinn seguía sin comprender.

—¿Por qué le gustaba a tu padre algo así?

Él quiso decir que era algo jocosos, pero se mostró reacio, en compañía de ella, a ponerse de nuevo los dos dedos en los labios. Ella pensaba que él era un poco raro.

—Le parecía divertido —dijo en su lugar.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad, tapando el campo de visión de Kevern. Nada que ver en el mundo entero salvo su almiar de pelo negro como ala de cuervo. No había ninguna otra cosa que quisiera ver.

—Si tú lo dices —dijo ella, sin estar convencida—. Pero eso todavía no explica por qué me la cantas a mí.

Parecía verdaderamente afligida.

—¿Son *mis* pies demasiado grandes?

Él los miró de nuevo.

—Bueno, tus pies en concreto, no. Los tobillos, tal vez, un poco...

—¿Y dices que me odias porque mis tobillos son demasiado gruesos?

—¿Odiarte? Por supuesto que no. Es sólo una canción tonta.

Podría haber dicho «Te quiero», pero era demasiado pronto para eso.

—Tus tobillos gruesos son la razón por la que me siento atraído por ti —probó a decir en su lugar—. Tengo esa perversión.

Le salió mal. Había querido que fuera gracioso. Querer ser gracioso a menudo lo metía en un lío porque, al igual que

su padre, carecía del encanto tranquilizador necesario para atemperar la crueldad que acechaba en los chistes. Tal vez su padre tuviera la intención de ser cruel. Puede que él, Kevern, también. A pesar de sus ojos cariñosos.

Ailinn Solomons se sonrojó y se levantó de la tumbona, golpeándose con la consola y derramando el vino que habían estado bebiendo.

Vino de flor de saúco, por lo que la bebida no servía de excusa para Kevern.

En el estado de nervios que sufría, Ailinn parecía temblar, como las hojas de una palmera en una tormenta.

—Y tu cabeza gruesa sería el motivo de que estuviera perversamente atraída por ti... —dijo—. Sólo que no lo estoy.

Sintió lástima por ella, tanto a causa de la innecesaria crueldad de sus palabras como por el miedo que mostraron sus ojos en el momento de ponerse en pie ante él. ¿Acaso pensaba que iba a pegarle?

No le había hablado acerca de la vida en el frío archipiélago norteno donde había crecido, pero él no dudaba de que era en todo lo esencial similar a la de allí. El mismo vasto y helado océano estrellándose contra ambos lugares. Los mismos hombres aturridos, aún más susceptibles y malhumorados como consecuencia de LO QUE SUCEDIÓ de lo que lo habían sido sus antepasados contrabandistas y provocadores de naufragios, vagaban airadamente de pub en pub, dispuestos a levantarle la mano a cualquier mujer que se atreviera a rechazarlos o provocarlos. ¿Cabeza gruesa? ¡Le enseñaría un puño grueso si no tenía cuidado! Primero morrearla —el morreo se había convertido en la expresión más común de irritación erótica entre hombres y mujeres: un antídoto contra las insulsas baladas de amor que bombeaba la consola...—, morrearla primero y luego abofetearla. Un refinamiento innecesario en opinión de Kevern, dado que un morreo era en sí mismo un acto de vandalismo.

Ailinn Solomons hizo un gesto con su cuerpo para que él se fuera. Se bajó de la tumbona como un anciano. Por su parte,

ella se sentía como de plomo, pero el peso del dolor de Kevern la sorprendió. No era el fin del mundo. Apenas se conocían.

Lo vio alejarse —igual que también lo vio alejarse su compañera desde una ventana del piso superior—, un hombre que avanzaba pesadamente, bajo una gran carga. Adán abandonando el jardín, pensó.

Sintió una punzada por él y por los hombres en general, sin importarle que algunos le hubiesen levantado la mano. Un hombre se apartaba de ella con la espalda encorvada, avergonzado, derrotado, toda la capacidad para luchar que había en él escurrida como por un desagüe... ¿por qué era una visión que le parecía conocer tan bien, cuando no podía recordar haber visto, antes de hoy, un solo caso?

Sola de nuevo, Ailinn Solomons se miró los pies.

## II

Una veintena de años antes de los acontecimientos relatados, Esmé Nussbaum, una inteligente y entusiasta investigadora de treinta y dos años de edad, empleada por Presentis, el organismo de vigilancia no oficial del Estado de Ánimo Público, había preparado un breve informe sobre la persistencia de la violencia de nivel bajo y medio en esas mismas zonas del país donde su reducción, si no su cese, era más de esperar, considerados el dinero y la energía gastados en erradicarla.

«Mucho se ha hecho, y mucho queda aún por hacer», escribió, «para calmar la agresividad natural de un pueblo que ha combatido mil guerras y ganado la mayoría de ellas, especialmente en los nudos retorcidos y en las concavidades angostas del campo, donde, aunque las torres de las iglesias se elevan por encima de los setos, rara vez se ha sentido el dulce aliento de la bondad humana a lo largo de la historia. Pero se está demostrando que algunas características son imposibles de erradicar. Cuanta más alta es la torre, parece,



más bajas las pasiones que continúa engendrando. Al populacho le hacen llorar las baladas sentimentales, se atiborra de historias de superación y profesa una ferviente creencia en las virtudes del matrimonio y la vida familiar, pero no sólo el viejo embrutecimiento mantiene su pertinaz dominio, tanto en las comunidades rurales como en nuestras conurbaciones urbanas: la evidencia apunta a la aparición de una nueva y feroz pugnacidad en el hogar, en el lugar de trabajo, en nuestras calles e incluso en nuestros campos de juego».

—Tiene usted una desafortunada tendencia a exagerar —dijo su supervisor, una vez leído todo el informe—. Le sugiero que lea menos novelas.

Esme Nussbaum agachó la cabeza.

—También debo preguntarle: ¿es usted atea?

—Creo que no estoy obligada a responder —respondió Esme Nussbaum.

—¿Es lesbiana?

Una vez más, Esme defendió su derecho a la intimidad y el silencio.

—¿Feminista?

Silencio de nuevo.

—No pregunto —dijo al fin Luther Rabinowitz— porque tenga alguna objeción contra el ateísmo, el lesbianismo o el feminismo. Éste es un lugar de trabajo libre de prejuicios. Somos los servidores de una sociedad libre de prejuicios. Pero ciertos tipos de hipersensibilidad, aunque enteramente aceptables y loables en sí mismos, a veces pueden distorsionar resultados como los que me ha presentado. Usted tiene, obviamente, prejuicios contra la Iglesia; y eso que llama «feroz» y «brutal», otros podrían interpretarlo igualmente como expresiones de vigor natural y de vitalidad. Seguir insistiendo en LO QUE SUCEDIÓ, SI ES QUE SUCEDIÓ, como si hubiese sucedido, si es que sucedió, ayer, es minar la fuerza vital que es tan esencial para el país.

Esme Nussbaum miró a su alrededor mientras hablaba Rabinowitz. Tras la cabeza de éste, una pantalla LED de color

rosa flamenco repetía el consejo que Presentis había estado dispensando al país durante el último cuarto de siglo o más: «Sonría a su prójimo, quiera a su cónyuge, escuche baladas, vaya a musicales, use su teléfono, converse, explique, escuche, muéstrese de acuerdo, pida perdón. Hablar es mejor que el silencio, la palabra cantada es mejor que la escrita, pero no hay nada mejor que el amor».

—Entiendo perfectamente lo que me dice —respondió Esme Nussbaum en voz baja, una vez que estuvo segura de que su supervisor había terminado de hablar—, y yo lo único que digo es que no hemos sanado tan eficazmente como nos queremos hacer creer a nosotros mismos. Mi preocupación es que, de entrada, si no estamos prevenidos, nos veamos repitiendo los errores que condujeron a LO QUE SUCEDIÓ, SI ES QUE SUCEDIÓ. Sólo que esta vez no será sobre los demás sobre quienes desahoguemos nuestra ira y desconfianza.

Luther Rabinowitz hizo una pirámide con los dedos. Lo hacía para sugerir una paciencia infinita.

—Va demasiado lejos —dijo— al describir como «errores» las acciones que nuestros abuelos podrían o no haber realizado. También va demasiado lejos al hablar de que desahogaron su «ira» y «desconfianza» en «otros». No debería ser necesario recordarle a nadie en el puesto que usted ocupa que al comprender el pasado, lo mismo que al proteger el presente, no hablamos de «nosotros» y de «ellos». No existía un «nosotros» y no existía un «otros». Fue una época de desorden, eso es todo lo que sabemos de ella.

—En la que, si somos honrados con nosotros mismos —Esme se atrevió a intercalar—, ningún sector de la sociedad puede decir que haya salido del todo absuelto. No hago acusaciones. Para bien o para mal, lo que se hizo, se hizo. Entonces era entonces. No hace falta decir nada más: sobre esto estamos de acuerdo. Y lo mismo que no hay culpa que repartir, no hay expiación que hacer, suponiendo que la expiación fuera lo adecuado y existiera alguna manera de llevarla a cabo. Pero para qué es el pasado sino para aprender de él...